

CAROL BEÑADA

LA PROPUESTA



LA HISTORIA DE MARISOL

La propuesta

La historia de Marisol

Carol Besada

Prólogo

No estaba tan borracha como quería aparentar, al menos no estaba tan borracha como él. Simplemente necesitaba un poco de valor líquido para atreverse a dar el paso.

Era la última noche en Bariloche y el grupo había decidido despedir el viaje de egresados en una habitación del hotel en el que estaban hospedados con algo de música y mucho alcohol.

Y ahí estaba.

Sintiendo que era «el día».

No es que él fuera especialmente atractivo, tan espigado y lánguido, pero sus ojos le fascinaban. Creía que podría perderse en esa inmensidad de azules: claritos cuando se reían de ella o tormentosos cuando le llevaban la contraria.

Casi nunca le decía Marisol. Río, Luna, Noche, Pradera... o como fuera que se le ocurriera en el momento. Por lo menos no le decía Tonel o Barril como algunos de sus compañeros... o no se lo decía en la cara. Aunque él la había conocido cuando ya no cargaba con todo el sobrepeso de su niñez, esos apodos la seguían acompañando y en su interior a veces se sentía así.

Ella estaba harta del dicho «los que se pelean de chicos, se casan de grandes», además de ser demasiado jóvenes, estaba convencida de que él no la consideraba atractiva.

Eso es lo que ella creía.

Hasta hoy.

Hoy, él la besó.

Coincidieron en el baño mientras buscaban algo de beber (la bañera era el refrigerador improvisado para el alcohol que habían subido durante la tarde) y, cuando a ella le entró una risita tonta al descubrir que él usaba ropa interior de superhéroes, él la besó para evitar sus burlas.

A ella le encantó... y a él también. Tanto, que le preguntó si no querría acompañarlo a su habitación.

Un golpe en la puerta los interrumpió y ella solo llegó a asentir con un gesto.

Sin planearlo, terminaron sentados lado a lado en una de las camas y sus manos se rozaban al descuido, enlazando los meñiques como cuando pactaban dejar una discusión en empate.

Durante el resto de la noche él bebió todo lo que le pusieron delante y a ella el corazón un poco se le rompió: ¿tanto valor necesitaba para tocarla? ¿Tan poco deseable era?

Varias horas y un par de tragos después, se separó con excusas de sus amigas y fue a la habitación que él compartía con dos compañeros que en ese momento dormían la mona acostados en el pasillo.

Él se había retirado unos minutos antes sin dar explicaciones y pareció sorprendido al verla aparecer tal como habían quedado.

Era hoy.

Tenía que ser hoy.

No hubo nada memorable en ese encuentro. Fue doloroso, terminó demasiado rápido y él se quedó dormido mientras ella se preguntaba si eso era todo. Aunque no tenía grandes expectativas, al menos había dejado de ser virgen.

Había hecho el amor con Julián, el chico del que estaba enamorada desde que había entrado al aula un par de años atrás y, sin conocerla de nada, le dijo que sus ojos parecían llenos de mar, su pelo de sol y por eso que se llamara Marisol era una redundancia.

Capítulo 1

—¡Salud! —decimos a coro, posando para la foto que inmortalice el brindis de fin de año.

—Esa tampoco. —Niego con la cabeza cuando Belén me acerca su celular.

—Es mejor que las anteriores.

—Ojos rojos, más pelo que cara, sonrisa de lunática, no me gusta cómo salió mi brazo —sintetizo—. Sacá otra —digo, obteniendo como respuesta ojos en blanco, un intento de recogido improvisado y un bufido—. ¡Las estoy cuidando!

—Mis ojos siempre salen rojos —Encogiéndose de hombros, Lucía toma un sorbo de espumante.

—A mí no me importa. —Daniela controla de reojo su teléfono celular mientras intenta acomodarse el cabello sin lograrlo del todo.

(Es que es un montón de cabello).

—No parezco «tan» lunática. —Suspirando, Belén nos pregunta si estamos listas y levantamos nuestras copas para brindar...

Otra vez.

Hace algunas tomas más y terminan eligiendo una foto que a mí no me convence del todo, pero no me quejo. Este es un buen momento para dejar atrás los complejos y darle la bienvenida a un futuro más relajado. ¡Es hora de romper con las viejas costumbres y empezar el año nuevo con una mejor actitud!

Aunque sea un poco.

No tanto, en realidad.

«Si las miradas quemaran, en este momento ardería» es la conclusión a la que llego mientras saboreo exageradamente el helado de chocolate que elegí de la barra de postres.

Espío entre las pestañas y, aunque hay otros dos tipos que no me sacan la vista de encima, mi atención está centrada en Julián que se acomoda el pantalón cuando hago un giro exagerado y recorro el contorno del helado con la lengua. Se las da de liberal, feminista, y blablablá, pero en el fondo es igual que el resto: se distrae con lo que ve y no escucharía si le dijera que no necesita organizar una fiesta tan grande para impresionar a sus contactos (nadie tiene tantos amigos), que el *dress code* es poco sentador (hasta ahora no encontré una prenda totalmente blanca que sea amable con las curvas) y que la forma en la que el *buffet* está dispuesto va a indigestar del cinco al diez por ciento de los invitados porque la falta de frío y el manoseo constante contaminaron la comida (haber sacado diez en Seguridad e Higiene mientras cursaba la carrera de Ingeniería en Alimentos avala mi opinión). Midiendo sus reacciones, sumo caída de ojos y suspiros que realzan mi escote.

¡Hombres! Tan predecibles y tan... protectores.

—¿Estás bien?

Quitando la vista de Lucía que se aleja arrastrando de la mano a su ex novio, me enfoco en Julián que se interpuso entre Martín y yo apenas notó que las cosas se habían puesto raras entre nosotros.

—Perfecta, ¿no me ves? —Irritada porque no necesito ni quiero un caballero andante, giro provocativamente elevando las manos para sostener mi cabello y destacar lo es-

cotado de la musculosa metalizada, lo corto de la pollera color tiza y lo mucho que estas sandalias favorecen a mis piernas.

—Te veo. Siempre te veo. ¿Y ahora qué? —Julián se cruza de brazos al escucharme resoplar.

Es injusto que sea así; mientras los que nos rodean parecen la sección blancos de una tienda de electrodomésticos, al ser alto y delgado el *look* obligatorio de su fiesta lo favorece; ¡hasta sus ojos azules parecen más luminosos y su tostado se resalta por lo prístino de la camisa entallada que usa! Ni una mancha tiene en el pantalón de gabardina o en los mocasines color arena a juego con el cinturón que le regalamos por su cumpleaños... ¡y me da una bronca!

—Esto no tiene sentido: organizar una fiesta en una quinta perdida en el culo del mundo, pedirle a todo el mundo que venga vestido de blanco. —Aunque sé que no es su culpa; es una consigna que quedó de las épocas en las que estas fiestas las daba junto a su ex mujer que es fan de las energías y otras cuestiones improbables—. Dejar que tus invitados traigan a quienes quieran. Vos mismo dijiste que no conocías a la mayoría de la gente que está acá —le echo en cara lo que nos comentó más temprano.

—¿Qué más te molesta?

No voy a contestarle porque pregunta por compromiso, no porque le interesa mi opinión.

—La comida, no es higiénico presentarla así —escupo antes de considerarlo—. Me gustan las luces en las plantas, pero tendrían que ser de las frías para que no atraigan a tantos bichos; además el pasto se lleva mal con los tacos ¿Y te parece que los invitados estén sentados en grupitos sin interactuar con lo demás? —Señalo los pequeños livings dispuestos alrededor de la tarima que cumple la función de pista de baile—. Tampoco es que quiera estar con gente que no conozco, pero...

Enlaza su dedo meñique con el mío y eso me corta. Indirectamente, al dejar la discusión en empate está dándome la razón... aunque no puedo disfrutarlo el tiempo suficiente: una morocha con un vestido mínimo de encaje se acerca bailando y lo aleja de mi lado.

Con un gesto, les aviso a mis amigas que voy a la barra a buscar más alcohol para seguir brindando.

Brindo porque mis latidos dejen de acelerarse cada vez que enlazamos nuestros meñiques.

Brindo por las discusiones que se evitan.

Brindo por acallar el hormigueo en la zona de mi hombro que pellizcó a modo de despedida.

Brindo también por dejar fuera lo malo, darle la bienvenida a lo bueno y esas cuestiones.

Brindo por todo.

Sigo brindando.

Es cierto que soy una bebedora horrible, pero pocas veces terminé tan borracha.

Capítulo 2

—No sé por qué decidimos que era buena idea juntar a tu mamá y a mi papá —dice Daniela apoyando la frente contra la ventanilla del auto dando la impresión de cargar con su resaca y la mía.

—Porque nosotras estábamos solas, vos no querías ir a la casa de tu tía, tu papá no quería pasar este día sin tu compañía y te apenaba que él tuviera que aguantarte en exclusiva.

—Cierto. Voy a recordármelo cuando Irene empiece «Albertito... porque le puedo decir Albertito, ¿verdad? ¿Qué le parece este aderezo?» Sos consciente de que ella es una roba cunas, ¿no?

Me río entre dientes, pero por una cuestión de lealtad me inclino a favor de la mujer que me dio la vida e hizo todo lo posible para que tuviera la mejor crianza con sus medios limitados.

—Creo que a los sesenta y pico, cinco años más o cinco años menos no hacen diferencia. Además, dudo que vuelva a pedir permiso para decirle Albertito. —Sus ojos marrones no pueden mostrar más escepticismo—. Tiempo atrás él le dijo que podía llamarlo así; quedate tranquila que no va a repetirse.

Bufo, y sonrío intentando que no se note demasiado. Aunque es cierto que mi mamá está más desinhibida que nunca, a Alberto le viene bien alguien que lo afloje; así sea una señora algunos años mayor. Además, no es tan grave pensar en ellos juntos considerando que hace *veintipico* de años que mi papá «fue a comprar cigarrillos» (llevando dos

valijas y sus documentos) para nunca volver y la madre de Daniela murió hace más de diez.

—Imagíname vestida de azul llevando las flores en un casamiento campestre. Bueno, te dejo llevar las flores y yo llevo los anillos. —Reculo ante su gesto contrariado—. Eso es para que no digas que soy egoísta.

—No estoy de humor para esto —dice frotándose las sienes e intentando anudar su cabello castaño.

—Lo sé, pero es mejor que nos distraigamos así en vez de pensar en los que nos faltan.

—Siempre estoy pensando en Ian.

Junto aire y paciencia porque soy consciente de lo mucho que le cuesta pasar alejada de su hijo los días en los que al padre se le da por hacer acto de presencia.

—Claro, pero necesitás desconectar. Lo escuchaste contento cuando te llamó, ¿no?

—Sí, parece que la quinta que alquiló Víctor tiene de todo. «La piscina», decía, «¡la piscina tiene toboganes, mami! —lo imita—. «¡Papi se sorprendió de lo bien que sé nadar!» Es feliz y yo tengo que ser feliz por él.

Mis nudillos se ponen blancos al apretar más fuerte el volante del auto. Detestar a Víctor me resulta fácil; además de haber sido un pésimo novio, como padre no es mucho mejor. Al desarrollar en el exterior su carrera de futbolista, solo pasa con su hijo una parte mínima del año y el resto del tiempo mantiene un contacto esporádico por chat o teléfono, pero cuando su desentendimiento es tomado por Ian como algo positivo me dan ganas de ir y retorcerle las... Mejor no voy por ahí.

—Es su héroe y todo es más divertido cuando no se lo pasa por el tamiz de la rutina. Vos lo estás haciendo bien y se nota. ¿Lista para disimular tu horror cuando veas el mo-

delito con el que nos va a sorprender mi madre el día de hoy? —Intento aligerar el ambiente.

—¿Es que tiene un...? Dejá, no me contestes. Igual, gracias por el aviso, me ocupo de mantener la boca cerrada.

Bajamos del auto los vinos y las confituras para el brindis y tiemblo al pensar en el tiempo que va a pasar en la mesa el menú cuyo hilo conductor es la mayonesa; mejor voy a relajarme y dejar aparcados por un rato esos conocimientos que tantos años tardé en conseguir.

Probablemente mi mamá nos estaba observando desde el balcón porque no llegamos a tocar el portero, que se escucha el ruido de la puerta indicando que podemos abrir.

—¡Mis vidas! ¡Felicísimo Año Nuevo! Estoy convencida de que este año les va a traer tantas cosas buenas, pero tantas, tantas ¡Que no van a dar abasto para disfrutarlas todas! —nos saluda apachurrando a Daniela y luego a mí con esos abrazos que me entibian por dentro —Tenés los ojos hinchados, Marita. ¡Ay esta juventud que se pasa de fiesta hasta las tantas! Hay que ver, Alberto, ¿nosotros éramos así de alocados?

—Pero mamá, ¿no me dijiste que habías vuelto después de las tres de la mañana? Y que yo sepa, tus amigas y vos tampoco son un ejemplo de moderación.

—Pero yo tomé mucha agua y estoy regia. —Se para más derecha, sacando pecho—. Es que a nuestra edad es muy importante mantenerse hidratados. ¿No es cierto?

Disimuladamente, controlo a Daniela que hace una mueca al ver a su papá apareciendo desde el balcón con un vaso en la mano. Da la impresión de haber llegado hace un rato bastante largo.

—Papi, feliz Año Nuevo. —Él la abraza y la besa en la frente del mismo modo que siempre lo hace.

—Felicidades *mi jita*, que todo lo bueno que merece, le llegue.

Me trago la risa cuando mi mamá, acomodando el escote de su vestido fucsia, no pierde la oportunidad de incluir a «Albertito» en los elogios a mi mejor amiga:

—Claro que le va a llegar, Albertito, se lo merece todo. Buena mujer, buena madre, buena hija, buena amiga, buena hermana. Es de buena madera porque tiene a quién salir.

Conociéndola como la conozco, Daniela debe estar echando chispas por la confianza y eso es bueno, por lo menos se distrae de las ausencias.

El almuerzo va mejor de lo esperado. El menú de arroz con atún, vitel toné y ensalada rusa está matizado con pavita y ensaladas varias sin mayonesa (en beneficio de mi salud mental y física).

Luego de los postres, nos trasladamos al balcón donde mi mamá nos acomoda, inmune a nuestras protestas, en sendos *spas* para pies mientras trata de convencer a Alberto de hacerle la pedicura a él también.

Después de que mi papá se fue, vinieron tiempos complicados. Ella, ama de casa que por distracción vendía productos por catálogo y les arreglaba las manos a las amigas, un día se encontró sin ingresos y sin marido. A las manicuras agregó pedicuras y así me crió.

A fuerza de voluntad y sonrisas cargando de acá para allá su valija mágica con miles de compartimientos (ahora sé que eran muchos, pero no miles) para ganarse la vida mientras la *Oma* me decía que comíamos seguido fideos «porque éramos italianos». Ironías de la vida, de italianos no tenemos nada y hoy trabajo como supervisora de turno en una fábrica de pastas.